

Cuando trascendió que de un momento a otro Urriburu «saldría», los oficiales de la División Puerto Nuevo ²⁵ hicieron conocer una proclama expresiva:

- «Que no están dispuestos a seguir apoyando al Sr. Hipólito Yrigoyen.
- »Que solicitan su inmediata renuncia y las de sus ministros.
- »Que no harán uso de las armas contra el pueblo, ni contra sus camaradas del ejército.
- »Que defenderán con las mismas armas todo intento de dictadura civil o militar.
- »Que defenderán el fiel y estricto cumplimiento de la constitución después de la renuncia del actual presidente y ministros.
- »Que no permitirán que ningún buque sea movido de Puerto Nuevo hasta tanto se constituya el nuevo gobierno que restablezca el orden constitucional en todo el país.»

Conjeturablemente la proclama (fechada el 5 pero conocida en la mañana del 6) debió redactarse cuando trascendió la delegación del mando a Martínez, y tuvo tal vez el propósito de forzar la renuncia del presidente. Los marinos entendían «defender el fiel y estricto cumplimiento de la constitución» con una «solicitud» (no *exigencia*) para que Yrigoyen renunciase, sin descargar sus cañones «contra el pueblo ni contra sus camaradas del ejército».

«No harán uso de las armas contra el pueblo» que clamaba por la salida de Yrigoyen, ni «contra sus camaradas del ejército», si la tozudez del presidente en no renunciar obligaba a los mandos militares a deponerlo.

«Defenderán (¿la *constitución*?) con las mismas armas (¿*contra*?) todo intento de dictadura civil o militar», debe tomarse como una advertencia a los propósitos dictatoriales de Urriburu (que a esa fecha el general había abandonado).

²⁵ La división naval había sido reforzada por el ministro Zurueta con los acorazados *Garibaldi* y *Belgrano*, cuando a fines de agosto empezaron las inquietudes revolucionarias.

EL BIBLIOTE.COM

4. EL 6 DE SEPTIEMBRE

En Campo de Mayo

Los civiles que demoraron su salida de la ciudad para las primeras horas de la mañana debieron volverse porque la policía, en virtud del estado de sitio, encontró sospechosas las caravanas de automóviles y les cortó el camino, ha *Legión de Mayo*, que debía concentrarse en la plaza de Flores, fue detenida con su jefe, Videla Dorna a la cabeza. También cayó preso Rodolfo Moreno cuando se trasladaba en automóvil a Campo de Mayo, y fue mandado, sin miramientos por sus fueros de diputado, al cuadro V del Departamento de Policía. Más afortunados los jóvenes de la Liga Republicana, eludieron por caminos disimulados el trayecto a San Martín, encontrando en el Colegio Militar a los cadetes formados en el patio de armas con uniformes de guerra, y al general Urriburu que, desde el despacho del director, trataba de convencer telefónicamente al comandante de Campo de Mayo que debía pronunciarse.

En cambio, un numeroso grupo de políticos (Santamarina y Pinedo entre ellos), que pasaron la noche en la casa del diputado conservador Manuel Fresco en Haedo, consiguieron llegar a Campo de Mayo porque el estado de sitio solamente regía para la capital. El recibimiento no fue el prometido por Descalzo. Dice Pinedo que de entrada fueron detenidos por un piquete de conscriptos a las órdenes del mayor Ávalos y «tratados sin ningún miramiento pese a la condición de miembros del Parlamento que investían» ¹ hasta que el comandante del acantonamiento, general Elias

Álvarez, los hizo llevar a su despacho para decirles «que estaba convencido de que el Gobierno no podía mantenerse, pero tenía la preocupación de lo que vendría después si el ejército entraba a convertirse en arbitro de los destinos nacionales atribuyéndose el derecho de crear y destruir gobiernos»². Pero después, desconcertado porque Uriburu le ordenó telefónicamente desde el Colegio Militar, que había sublevado, que fuese a San Martín con todo el acantonamiento para plegarse a la revolución, Pinedo le oyó a Elias Álvarez responderle a Uriburu: «¡Bueno, general! ¡Marchamos!»³. Cuando se enteró de las proclamas que arrojaban los aviones revolucionarios dijo a los políticos: «Yo iría inmediatamente a Buenos Aires, pero para que mañana gobiernen ustedes, representantes de las más prestigiosas fuerzas civiles de la República, para que se hagan cargo de la tarea de reconstrucción de los poderes normales»⁴. En consecuencia, ordenó formar a la tropa para «ir a Buenos Aires»⁵. La oficialidad no sabía si para plegarse a la revolución o defender al Gobierno. Parece que su primer propósito habría sido aquél, pero se impuso el coronel Avelino Álvarez comandante de la Escuela de Infantería, quien decidió que las fuerzas se mantuviesen leales y esperasen órdenes del Ministerio de Guerra. Sólo el capitán Arturo Saavedra consiguió sustraer tres escuadrones del 1° de Caballería al jefe de éste, teniente coronel Florencio Campos, y después de una marcha accidentada llegó a San Martín a ponerse a las órdenes de Uriburu.

Ante la actitud de la Escuela de Infantería, el general Elias Álvarez resolvió irse a Buenos Aires solo, dejando el acantonamiento a las órdenes de Avelino Álvarez. Los legisladores quedaron detenidos; pero por poco tiempo. Convencido Avelino Álvarez de su ingenuidad por suponer que un ejército se sublevaría porque unos políticos vinieran a golpearles la puerta, les pidió con gentileza que se retirasen de un edificio militar.

¹ Diez periodistas..., p. 317

² Ibídem.

³ Ibídem y F. Pinedo, *En tiempos de la República*, cit.

⁴ Diez periodistas..., pp. 317 y ss.

⁵ Ibídem, p. 235.

EL BIBLIOTECOM

Algunos, entre imprecaciones contra Descalzo, volvieron a sus casas de Buenos Aires. De otros, el periodismo narrará su odisea:

«¿Qué hacer? Ir a Buenos Aires era una temeridad. Si la revolución había sido dominada (como suponían), la capital no era punto seguro para quienes habían apoyado el movimiento. ¿Qué actitud debían asumir ellos, políticos bien conocidos como opositores, que habían intentado sublevar a soldados del ejército a favor del movimiento?»⁶.

Fueron en su automóvil a San Isidro, donde en pocas horas un yate —de propiedad de uno de ellos— podría dejarlos en el Uruguay. Pero encontraron que, aprovechando el fin de semana, un familiar se había llevado el yate a una excursión de pesca. Ya caía la noche cuando consiguieron contratar una lancha en San Fernando. Pero al ponerse en marcha «oyeron a los canillitas que voceaban los diarios de la capital con el triunfo de la revolución». Volvieron a su automóvil para tomar rápidamente el camino de Buenos Aires: «Los políticos de la revolución retornaban para reclamar la compensación que correspondía a su esfuerzo»⁷.

En el Colegio Militar

El plan de Uriburu para el 6 de septiembre no difería del que tuvo para el 30 de agosto. Iría a Campo de Mayo, donde los oficiales comprometidos aseguraban que bastaría su presencia para levantar el acantonamiento; a la misma hora —las siete treinta de la mañana— los oficiales conspiradores sublevarían contra sus jefes la base aérea del Palomar, el Colegio Militar de San Martín, los regimientos de granaderos, el 2 de Caballería de Palermo y el 3 de Artillería de Ciudadela. Esperaba que los oficiales de Estado Mayor que se le ofrecieron el día anterior sublevaran la Escuela Superior de Guerra, y lo mismo hicieran los destacamentos del Hospital Militar. Confiaba en anular la policía de la capital, decididamente yrigoyenista, con los bomberos que desde 1929 le habían ofrecido sublevarse.

⁶ Diez periodistas..., p. 339.

⁷ Ibídem. ¿Fueron Antonio Santamarina y Federico Pinedo?

No contaba con ningún jefe. Los generales Marcilese y Elias Álvarez, comandantes de la 1.a y 2.a regiones militares (Palermo y Campo de Mayo), eran legalistas, lo mismo el teniente coronel Pissano, jefe de la base del Palomar, el coronel Reynolds, director del Colegio Militar, y la totalidad de los jefes de unidades. Uno de ellos, el teniente coronel Francisco Bosch, jefe del 8 ° de Caballería con asiento en Ciudadela, le había dicho personalmente la tarde anterior que combatiría en favor del Gobierno.

Pero confiaba, como en la revolución del 90, que los oficiales comprometidos con la revolución les «sacarían» los mandos. Tenía absoluta seguridad en los informes que le dieron sus colaboradores. Como el capitán Perón no se había mostrado optimista, los tenientes coroneles Molina y Alsogaray lo habían separado del Estado Mayor revolucionario, y ya no tenía trato directo con Uriburu.

La noche del 5 dos oficiales de la Escuela de Artillería llegaron al refugio de Uriburu para decirle «que no se podía contar con Campo de Mayo y debía postergarse la revolución nuevamente»⁸. Era el completo fracaso. Pero algo imprevisto ocurrió: a las dos de la mañana del 6 el coronel Reynolds, director del Colegio Militar, le hizo saber por un emisario que podía contar con el instituto y allí se lo recibiría. De inmediato dijo al emisario que se presentaría en el Colegio a las siete treinta de la mañana, y ordenó a los oficiales revolucionarios del Palomar que, incautándose del coronel Pissano, se apoderasen de la base, aprontaran los aviones y distribuyese por todos los acantonamientos y la ciudad la proclama revolucionaria.

Los oficiales aviadores habían recibido, además de la proclama (impresa en una editorial de Rivadavia y Florida), los volantes redactados por Moreno e impresos en *Crítica* que descartaban la posibilidad de dejarlo al vicepresidente.

Ordenó que se advirtiera a los demás comprometidos que la revolución no se postergaba. Haría la concentración desde el Colegio Militar, y no en Campo de Mayo. Que por los medios que creyeran convenientes (ya sea apresando a los jefes para tomarles los regimientos, o por acciones individuales) se les unieran frente al Instituto.

¿Qué movió al coronel Reynolds a cambiar en la noche del 5 al 6 el propósito, que había manifestado a Uriburu, de «defender la legalidad»? Era un viejo radical, veterano de 1905 (donde había sido herido), y amigo personal de Yrigoyen. Como casi todos los militares radicales había comprendido que Yrigoyen no podía continuar en el Gobierno, pero como casi todos los militares, radicales o no, era contrario a una acción revolucionaria y había confiado que una insinuación de los altos mandos, si no bastaba la presión de los íntimos del presidente, lo haría renunciar.

⁸ Diez periodistas..., p. 203.

Tal vez que Yrigoyen no renunciase el 5, y se limitó a delegar el mando, decidió su conducta.

Es conjeturable que Reynolds tomó la resolución al enterarse que Uriburu había postergado la revolución por el fracaso de Campo de Mayo. Pues la tomó a la una de la mañana, en cuya hora reunió a la oficialidad del Colegio para decirles que «dentro de breves horas llegará aquí el general Uriburu para salir al frente de los cadetes y demás tropas que se incorporen a la columna».

No todos los oficiales estuvieron de acuerdo: un mayor (José Suárez) y siete capitanes (Ambrosio Vago, Bernardo Weinstein, Raúl Tessaire, Rafael Lascalea, Germán Gutiérrez, Manuel A. Rodríguez y Antonio Vieyra Spangenberg) manifestaron opinión contraria: «Si usted nos hubiera hablado ayer a la mañana —dijeron al director—nosotros lo habríamos acompañado. Pero ahora es tarde. El Gobierno ha cambiado (...) debe procurarse una solución constitucional que ha comenzado a realizarse ayer por la tarde (...). No estamos con la revolución»⁹. Eran tan legalistas como Reynolds, pero éste había perdido confianza en la energía de los allegados al presidente y los altos mandos militares para exigir la renuncia de Yrigoyen. Reynolds les ordenó, amablemente, que «quedaran arrestados en el Colegio», lo que cumplieron.

Uriburu, de civil y por caminos poco conocidos, llegó a San Martín a las cinco y treinta de la mañana. Se vistió el uniforme en una casa particular y a las siete y treinta entró al Colegio con algunos acompañantes. Reynolds le esperaba con los cadetes formados en el patio de armas con equipo de combate y gorra de gala (para distinguir su condición de cadetes). La mayoría de los oficiales estaban en su puesto. El general se puso en comunicación telefónica con el comandante de Campo de Mayo, general Álvarez, y recibió la promesa (o creyó entenderla) que iría a San Martín con el acantonamiento a sus órdenes (lo que vimos no ocurrió).

Se quedó esperándolo. A las ocho de la mañana pasaron los primeros aviones de la base del Palomar, que se había conseguido sublevar sin inconvenientes; poco más tarde llegó el equipo de la Escuela de Comunicaciones del Palomar, que no pasaba de 800 hombres con deficiente armamento. A las once llegó el capitán Saavedra con los tres escuadrones del 1° de Caballería sacados de Campo de Mayo.

⁹ *Ibíd.*, p. 157. «Los capitanes del Colegio Militar plantean una cuestión». R.A. Potash, *ob. cit.*, p. 80 (nota 58), da los nombres de los oficiales que le proporcionó en 1965 el general Ambrosio Vago.

En total no llegaban a 2.000, contando los cadetes. Muy pocos para imponerse a Campo de Mayo, Palermo y Ciudadela si éstos permanecían leales al Gobierno. Los informes de las demás guarniciones eran desfavorables: en Palermo nadie se había movido, los dos regimientos de Ciudadela — el 8 de Caballería, cuyo jefe, el teniente coronel Bosch, le había dicho que lo combatiría, y el 3 de Artillería donde había algunos elementos revolucionarios pero nada podían hacer contra su vecino— estaban movilizados y vigilaban los movimientos del Colegio a la espera de la orden para anular a los revolucionarios.

«Las noticias que nos traía la aviación —dice el teniente coronel Kinkelin, secretario de Uriburu— eran cada vez más desconcertantes. Las tropas de Campo de Mayo no se movían; sobre nuestro flanco derecho, desde la dirección de Liniers, las patrullas del 8 de caballería observaban nuestro movimiento en actitud hostil (...). La previsión, ajustada en todo lo que era posible a una acción militar de esa índole, había fracasado (...). Desde ese momento la audacia era lo único que podía llevar al triunfo»¹⁰.

Hasta pasado mediodía esperó Uriburu el prometido pronunciamiento de Campo de Mayo. Cuando tuvo la certeza de que no se produciría, dio la orden de marcha. Eran las doce y cuarenta horas.

Dos días después Lisandro de la Torre felicitaba en la Casa de Gobierno a su amigo el general Uriburu, ahora presidente revolucionario de la República. «Aludí —dice el líder demoprogresista— al error en que había estado respecto a la magnitud de las fuerzas que iban a acompañarlo en el movimiento; reconoció (Uriburu) que se había encontrado solo en San Martín y que había pasado horas muy amargas. Me dijo textualmente: «Estaba perdido, debía elegir entre ser fusilado allí o en la plaza de Mayo, y opté por lo segundo»¹¹.

¹⁰ Emilio Kinkelin, *La personalidad militar del general Uriburu* (*La Nación*, 3-V-1932).

¹¹ Palabras en el Senado el 17-IX-1935.

El vuelo matinal de los aviones y la errónea noticia del levantamiento de Campo de Mayo que dieron las pizarras de *Crítica* despertaron el entusiasmo de la ciudad. Quienes tenían vehículos iban a plegarse a la columna revolucionaria, engrosada con los vecinos de San Martín y Villa Urquiza que atravesaba. «¡Viene el ejército! ¡Viene el ejército!» Desbordada, la policía no pudo detener más a nadie. Sólo la guardia de seguridad, a caballo y con carabinas, despejaba los alrededores de Plaza de Mayo. Pero apenas los «cosacos» se alejaban, volvían los imprudentes a tomar posiciones. Hasta que nuevos disparos los obligaban a refugiarse en los zaguanes.

Una multitud, que a cada cuadra se engrosaba, acompañaba con vivas y cantos la pequeña columna encabezada por Uriburu y Reynolds en automóviles cubiertos de flores, arrojadas desde los balcones o entregadas por las vecinas. El teniente coronel Sarobe, que no había conseguido levantar la Escuela de Guerra por la pertinacia vigilante del 1° de Infantería, alcanzó con el general Justo a Uriburu en Villa Urquiza. «No era aquello una marcha de guerra, ni menos parecía una revolución, sino un desfile cívico extraordinario... Jamás Buenos Aires había contemplado parecida manifestación de fervor cívico» dice el teniente coronel ¹², que quizás comprendió que no todo el pueblo estaba en los comités. Y el vicepresidente Martínez, que hasta último momento creyó que Uriburu venía a deponer a Yrigoyen y reconocerlo a él como presidente efectivo, tal vez mediante algunas concesiones que estaba dispuesto a otorgar (¿dejar el petróleo como estaba?), aceptó que «la manifestación popular que acompañaba a las tropas que iban a quitarnos del Gobierno era sólo comparable con la inmensa que acompañó al doctor Hipólito Yrigoyen el 12 de octubre de 1928» ¹³.

Benjamín Cremieux, que en esos días visitaba Buenos Aires como turista, dejaría escrito:

«He presenciado el espectáculo más exótico del mundo. He visto al pueblo ir cantando a hacer una revolución. He visto a soldados que marchaban riendo. Y he visto también alegría y buen humor, no sólo en hombres y soldados, sino también en niños y mujeres. Allí mismo, donde poco después la metralla borraría a muchos, he visto cantar, gritar alegremente, derrochando humor...» ¹⁴

¹² J.M. Sarobe, *Memorias...*, cit., p. 157.

¹³ E. Martínez, en *Crítica*, 18-11-1932, y *La Razón*, 24-11-1932.

¹⁴ Diez periodistas..., p. 359

Era el pueblo. No los elementos de comité pedidos el día anterior por los amigos de Justo, que debían ser traídos en camiones. Era el pueblo anónimo y espontáneo que no necesitaba ser movilizado ni transportado.

El 6 de septiembre no fue un pronunciamiento militar: una decisión exclusiva de las fuerzas armadas, con sus comandantes al frente, invocando la necesidad de corregir el desorden administrativo, castigar la corrupción, defender nuestro estilo de vida o iniciar un proceso de reorganización nacional. No fue el levantamiento del ejército y la armada como lo dijo el manifiesto de Lugones. Fue el paseo de un general en retiro al frente de un puñado de cadetes, que nadie pudo detener porque lo hacía invulnerable la presencia del pueblo. Y ningún militar entre los defensores del gobierno se sentía tan divorciado del pueblo como para ametrallarlo.

Poco antes de irse al Arsenal el general Marcilese había ordenado a los regimientos 1 y 2 de Infantería desplegarse en lo alto del terraplén del ferrocarril Pacífico (hoy San Martín) que cruza Santa Fe y avenida Alvear (hoy Libertador), por donde presumíase que vendría Uriburu. Al frente del teniente coronel Lezcano y mayor Manuel Álvarez Pereyra la tropa ocupó la posición, emplazó fusiles ametralladores y echó cuerpo a tierra. Pero nada pudieron contra los cientos de muchachos y muchachas que subieron al terraplén para invitarlos a plegarse a la revolución. Como los conscriptos se desgranaban, y no era el caso despejarse los civiles a tiros. Álvarez Pereyra, el último en abandonar la posición, lo hizo dignamente: con su raleado batallón formado «como cuando vinimos» se retiró al cuartel a esperar órdenes. Que nunca vinieron ¹⁵.

«Fue en realidad el pueblo anónimo quien consumó la revolución después del fracaso del movimiento en Campo de Mayo —dijo Lisandro de la Torre al explicar lo ocurrido el 6 de septiembre—. El general Uriburu triunfó en realidad sin el ejército» ¹⁶. Y el capitán Perón reflexionará —y la reflexión le servirá quince años más tarde—: «Sólo un milagro pudo salvar la revolución. Ese milagro lo realizó el pueblo de Buenos Aires, que en forma de una avalancha humana se desbordó en las calles al grito de ¡viva la revolución!; que tomó la Casa de Gobierno; que decidió a las tropas a favor del movimiento y cooperó en toda forma a decidir una victoria que de otro modo hubiera sido demasiado costosa si no imposible. Por eso pienso hoy (enero de 1931) que nuestro pueblo no ha perdido el fuego sagrado que lo hizo grande en ciento veinte años de historia» ¹⁷.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 321.

¹⁶ Palabras de Lisandro de la Torre en el Senado el 17-IX-1935; Sarobe, *Memorias*, cit., p. 160.

En la Casa de Gobierno

Desde las primeras horas de la mañana del 6 Enrique Martínez estaba en el despacho presidencial. Tiene por delante mucho trabajo. Como lo anunció la noche anterior a los periodistas, y se lo exigen el ejército y la armada, va a recomponer el gabinete: un «gran ministerio» que quite a todos, militares y civiles, la aprensión contra el gobierno radical. Ha pensado en cuatro nombres: dos personalidades radicales de «buena prensa», Enrique Larreta y Honorio Pueyrredón, en Relaciones Exteriores y Agricultura; un marino de prestigio, Segundo Storni, en Marina; un ex ministro de Yrigoyen durante su primera presidencia (para conformar a los más yrigoyenistas), Eudoro Vargas Gómez, en Interior.

Le llega la proclama de los marinos de Puerto Nuevo. Perfectamente. La armada tiene más decisión que el ejército y pide derechamente la salida de Yrigoyen respetando el orden constitucional.

Vuelan unos aviones. No da importancia cuando le dicen que la base del Palomar se ha sublevado; está dentro de las previsiones que los aviadores, como los marinos, exijan la renuncia de Yrigoyen. Le traen los volantes arrojados con profusión en la azotea de la Casa de Gobierno: *¿qué es eso de maniobras de último momento y de no mantener los residuos?* Parece cosa de conservadores. Pero la aeronáutica es sólo una «dirección» dentro de las fuerzas armadas, que se saben decididamente legalistas.

Llegan los ministros; todavía lo son porque no les ha pedido la renuncia. Solamente quedará De la Campa, porque Elpidio González tendrá, por su experiencia política, la misión de mantener la unidad del yrigoyenismo sin Yrigoyen. Son muchos los correligionarios que deben ser convencidos de la necesidad ineludible de desprenderse del Viejo.

¹⁷ J. Perón, *Lo que yo vi...* (*Memorias* de Sarobe, p. 310).

Martínez quiere hacer buena letra: Mendoza y San Juan están convocadas para el día siguiente —domingo 7— a elegir autoridades; son elecciones «preparadas» y no convienen para la imagen de imparcialidad que quiere dar. Las suspenderá por pronta medida, y cambiará a los interventores partidistas por dos honorables magistrados que procederán con guante blanco, aunque deban entregar Mendoza a los lencinistas y San Juan a Antoni. Y quitará otro de los motivos de fricciones, porque su gobierno será de todos (¿el petróleo?).

A las nueve y treinta se oye la sirena de *Crítica* y el anuncio de que «el general Uriburu al frente de las tropas de Campo de Mayo viene hacia la ciudad a poner término al Gobierno que nos avergüenza». Sabe que es falso. Las noticias que recibe de Campo de Mayo son que los políticos que fueron a sublevar la guarnición estaban presos. También que Uriburu no está allí: ha ido a San Martín donde Reynolds —¿quién lo diría?— le entregó el Colegio Militar. A las diez recibe un telegrama de Uriburu dirigido a él y a Yrigoyen:

«En estos momentos marchó sobre la capital al frente de las tropas de la I, II y III divisiones del ejército. Debo encontrar a mi llegada su renuncia, así como la del presidente titular. Les haré responsables de la sangre que llegue a verterse para defender a un Gobierno unánimemente repudiado por la opinión. (Fdo.) Uriburu, teniente general». Tal vez una tentativa de correrlo al Viejo con la vaina y negociar que permanezca el vicepresidente.

La I y II divisiones están firmes en Campo de Mayo y Palermo, y el general Vernengo, comandante de la III, permanece en su sede de Paraná, ajeno a lo que ocurre en la capital.

Dice a los todavía ministros que *en acuerdo* deben firmar los decretos suspendiendo las elecciones de San Juan y Mendoza, y ampliar el estado de sitio a toda la República «porque el Gobierno no permitirá que se derrame una gota de sangre». Y darse ^publicidad inmediatamente.

A Oyhanarte le parece que medidas semejantes no corresponden a un gobernante delegado, y habría que consultarlas con Yrigoyen. Lo que produce la reacción de Martínez:

—«¡El presidente soy yo! ¡Y al que no le guste puede irse!».

—«¡No soy su ministro, ni quiero serlo!».

Oyhanarte se va dando un portazo ¹⁸.

Llegan Larreta, Pueyrredón y el capitán de navío Storni, a quienes ofrece los ministerios. No hay constancia de si los dos primeros aceptaron o pidieron tiempo para pensarlo. Storni repite la proclama de Puerto Nuevo: considera indispensable la renuncia previa de Yrigoyen. Vargas Gómez se niega telegráficamente desde Corrientes: no entiende cómo un presidente delegado puede ofrecerle una cartera ministerial.

Zurueta, a quien todavía no le ha pedido la renuncia, ha traído consigo una escolta de marineros para custodiar el Ministerio de Marina (que ocupa un ala de la Casa de Gobierno). Martínez ordena retirarla: no quiere guardias de ninguna clase en la Casa Rosada: «Gobierno de puertas abiertas», ha dicho a los periodistas. También ordena que se retiren los granaderos. Zurueta, molesto con el presidente (tal vez comprende, por la presencia de Storni, que va a ser reemplazado), se retira del despacho ministerial con sus secretarios y marineros.

A las once llega el doctor Meabe con las instrucciones de Yrigoyen. Acaba de recibir la conminación de Uriburu, que ha tomado en serio. Si el ejército se ha levantado, el pueblo lo defenderá. No sabe, no podría comprenderlo tampoco, que las cosas son al revés. El pueblo está en contra, y el ejército a favor. El mensaje de Yrigoyen tiene doce palabras: «Hay que resistir. Hay que defenderse. El radicalismo debe ocupar la calle»¹⁹.

¡La calle! Que en esos momentos ruga de entusiasmo viviendo a la revolución, apenas contenida por la guardia de seguridad. González y el secretario Arturo Benavídez reparten armas a los correligionarios y les ordenan ocupar la azotea. Martínez increpa a Benavídez.

«—¿Quién es usted para tomar medidas

»—¿Quién soy yo? El secretario de la presidencia.

»—No; usted es el secretario del señor Yrigoyen. Y el señor Yrigoyen no es presidente desde ayer»²⁰.

¹⁸ F. Luna, *Yrigoyen*, Ed. Raigal, Buenos Aires, 1954, p. 469.

¹⁹ *Ibidem*, p. 470.

²⁰ Diez periodistas..., p. 169.

Revoca las órdenes de Benavídez, que se retira murmurando «¡traición!». La gente que lo acompaña se lleva las armas para cumplir la orden de Yrigoyen y «ganar la calle»²¹.

A las once y veinticinco llega el general Marcilese: «Sin novedad en la I Región». Le dice que se ha instalado la junta de defensa en el Arsenal, donde están citados —además del coronel Adalid, director de Arsenales— los generales Álvarez y Mosconi. De un momento a otro se espera al inspector general Toranzo, que viene por ferrocarril de Entre Ríos (llegará a las catorce). Martínez no quiere dejar la Casa de Gobierno: es el presidente, y su puesto está allí. Si fuera al Arsenal sería un huésped de los militares. Marcilese pide órdenes a Elpidio González, ministro interino de Guerra. El golpe de Uriburu ha fracasado, se encuentra inmóvil frente al Colegio Militar, y sería fácil coparlo entre Campo de Mayo, que responde al coronel Elias Álvarez, y los regimientos de Ciudadela con Roberto Bosch al frente. González está de acuerdo. Pero Martínez, que en esos momentos habla con Larreta, Pueyrredón y Storni, lo increpa: él es el presidente y no quiere verter una gota de sangre. Marcilese vuelve al Arsenal y González va a casa de Yrigoyen para informarle la situación y la conducta del vicepresidente²².

¿Qué se propone Martínez? Las contradictorias informaciones lo tienen confundido: la armada exige la renuncia de Yrigoyen y el cambio del ministerio, los comandantes de regiones —le consta— tampoco quieren a Yrigoyen; ¿por qué ataca a Uriburu que venía a deponer al presidente? Storni repite que «la armada no tiene ningún compromiso, no haría fuego contra el pueblo ni contra sus camaradas del ejército»²³. Es una «institución» autónoma. La política es cosa de civiles, y las revoluciones pertenecen exclusivamente al ejército. Le aconseja que sugiera al jefe de la revolución que desista de su actitud si los mandos militares, apoyándose en el manifiesto de la marina, imponen la renuncia de Yrigoyen. Así no habría enfrentamiento y se salvaría el orden constitucional²⁴.

²¹ *Ibidem*. No será posible ganar la calle, perdida desde hace mucho. Pero debe organizarse la defensa contra el ejército como lo ordena el jefe.

El despropósito de ametrallar la columna para «detenerla» (y a la multitud que la acompañaba) surgió conjeturalmente de las desdichadas instrucciones. Quienes hicieron fuego desde los cantones de Córdoba y Riobamba, Congreso, confitería del Molino, edificio en construcción de la Caja de Ahorro Postal, *La Época*, se limitaron a cumplir órdenes. El Viejo vivía en Un mundo

imaginario donde su pueblo se imponía, por el número y entusiasmo, a unos generales conservadores que arrastraban contra su voluntad a cadetes y conscriptos radicales.

²² Se deduce del cuarto escrito de Yrigoyen a la Corte Suprema del 24-VIII-1931 (Luis Rodríguez Yrigoyen, *Hipólito Yrigoyen. Documentación histórica de 55 años de actuación*. Buenos Aires, 1934, p. 447).

²³ Palabras oídas a Storni por el ministro Ábalos (F. Luna, ob. cit., p. 471).

Martínez le pide a Larreta, que tiene una vieja amistad con Uriburu, le consiga una entrevista con Uriburu para conversar de lo que quiere y no quiere de su gobierno, que sería «de puertas abiertas», sin exclusiones. Hablando la gente se entiende ²⁵. Pero el autor de *La gloria de don Ramiro* no debió haber juntado el ánimo suficiente para acercarse a San Martín, porque se fue derechamente a su casa de Belgrano. Pueyrredón y Storni también se retiran, tal vez porque prefieren no encontrarse en la Casa de Gobierno.

A las catorce llega Toranzo al Arsenal. La junta de defensa estudia la situación: Uriburu con su columna ha llegado a la avenida América en marcha hacia la Plaza de Mayo y ya es hora de tomar medidas. Está copado por fuerzas muy superiores, y si se le atacase necesariamente debe rendirse. El teniente coronel Pomar, que hace de enlace entre el Arsenal y la Casa de Gobierno, lleva a Martínez el pedido de la junta para abrir hostilidades.

El vicepresidente sale con excusas; quizá recuerda el telegrama de Uriburu sobre la responsabilidad de la sangre que llegue a verterse, o tal vez espera el regreso de Larreta en misión ante Uriburu. Como González se ha ido de la Casa de Gobierno sin firmar el decreto que posterga las elecciones de Mendoza y San Juan, exige que éste —a quien sabe en el Arsenal— lo firme; después se hablará de la autorización. Sin duda quiere ganar tiempo. Va Pomar al Arsenal con el decreto y vuelve con la firma de González: no será en «acuerdo de ministros», pero de cualquier manera lo valida la firma del presidente en ejercicio y del ministro del Interior. Lo da a los periodistas con encargo de publicarlo enseguida.

No vuelve Pomar al Arsenal con la orden prometida. Martínez insiste en no verter sangre y que todo puede arreglarse entre caballeros. Como Larreta parece que se ha esfumado, destaca a Pomar para que reitere la entrevista con Uriburu que Larreta no ha podido, o no ha querido, conseguir. La cortante respuesta de Uriburu, que viene ya por la calle Córdoba, recuerda la que dio Lavalle el 1 de diciembre de 1828 al delegado de Dorrego: «Diga usted al doctor Martínez que la única conversación que tenemos que sostener es la entrega lisa y llana del poder.»

²⁴ Que el consejo partiera de Storni es conjetural. Se basa en las palabras que le oyó Ábalos (por lo demás, de acuerdo con el Manifiesto de la División de Puerto Nuevo), y que no se retirase del despacho presidencial después de su expresión de que «la Armada no tiene ningún compromiso». Alguien debió sugerir a Martínez que se pusiera al habla con Uriburu, y el más indicado me parece el marino.

²⁵ Conjetural. La misión existió, pero ni Martínez ni Larreta hablaron de su propósito.

Otra información desconcertante le trae Pomar. La columna de Uriburu marcha juntamente con una impresionante multitud que atruena con sus vivas y canciones patrióticas; de los balcones señoras y niñas arrojan flores. ¿Se atreverían las fuerzas *legalistas* a acribillarlas? ¿Juntarían los generales del Arsenal ánimo suficiente para disparar contra los cadetes, muchos de los cuales eran sus hijos?

Son las diecisiete. Martínez ha levantado en el mástil de la Casa de Gobierno un mantel blanco a manera de bandera de parlamento. A su ejemplo lo harán también los coroneles Graneros y Grosso Soto en el departamento de Policía. El escuadrón de seguridad, que ha mantenido a tiros de carabina la Plaza de Mayo despejada, se retira. Una multitud la llena y entra en la Casa de Gobierno sin custodia.

¿Está Martínez a tiempo para retirarse al seguro Arsenal?

En Brasil 1039

Aproximadamente a mediodía Elpidio González fue al domicilio de Yrigoyen para informarle el levantamiento, pero no pudo entrevistarle por hallarse «en el álgido estado congestivo» ²⁶. Pero «me hizo comunicar —dirá Yrigoyen— que habiéndose levantado el jefe y los cadetes de la Escuela Militar, más una parte del cuerpo de comunicaciones viniendo en marcha hacia la ciudad, había tomado las medidas para reducirlos, pero, al saberlo, el vicepresidente en ejercicio del Gobierno lo había llamado y delante de varias personas que se encontraban con él le había comunicado que no haría fuego sobre esas fuerzas ni consentiría en que se hiciera ni se tomara ninguna medida sobre ellas, y al efecto había dado

contraorden terminante a los cuerpos de la capital (...). La impresión que me causó esa noticia, sólo Dios, que me dio vida para sobrellevarla, lo sabe (...). Le hice decir al ministro que se fuera de inmediato al Arsenal y allí me esperase, levantándome enseguida como pude»²⁷.

²⁶ Escrito de Yrigoyen a la Corte, mencionado en la nota 22.

Horacio Oyhanarte, dándose cuenta de que la revolución era indetenible a despecho de los mandos legalistas, consiguió del ministro plenipotenciario de Chile que se diera asilo al presidente. Fue a la casa de Yrigoyen para llevarlo a la legación chilena, pero Yrigoyen no creía que estuviese todo perdido, aunque había sabido que Martínez levantó bandera blanca, «lo que había causado en esas fuerzas (de la capital) un verdadero desconcierto»²⁸. Hizo reiterar a González que resistiese en el Arsenal, mientras él iría a La Plata a ponerse al frente del 7 de Infantería para reprimir a los sublevados de la capital. «Me dirigí a La Plata contra la opinión de los médicos, que me pronosticaron que me moriría en el camino»²⁹. Se negó a subir a una ambulancia que le trajeron no sólo por el estado de su salud, sino para mayor seguridad, dada la conmoción en las calles; en el automóvil oficial, con el médico Dr. Meabe, Oyhanarte y Vicente Scarlatto, abandonó su modesta vivienda de Brasil 1039. Eran las dieciocho horas.

La revolución en la marina

La armada era legalista, pero a su manera. La proclama de los oficiales de la División de Puerto Nuevo decía que no estaban «dispuestos a seguir apoyando» al presidente de la República, lo que aparentemente parecía una conminación, pero significaba solamente la advertencia de que no contara con ella. Le «solicitaban» su inmediata renuncia y la de sus colaboradores como manera de calmar al pueblo y a sus camaradas del ejército. Era constitucionalista al punto de que «defenderán (¿atacarán?) con las armas todo intento de dictadura civil o militar».

Ocurridos los hechos del 6, la mayor incertidumbre tomó a los oficiales de la División. El contralmirante Zurueta había abandonado el ministerio, y un marino de prestigio como Storni había sido llamado a la Casa de Gobierno. Se cumplía aparentemente el petitorio de Puerto Nuevo. Pero las noticias de la marcha de Uriburu desconcertaban. Las proclamas y volantes arrojados por la aviación descartaban que fuera a imponer la dictadura, pero tampoco eran «constitucionalistas». No se sabía si Uriburu venía a tomar el gobierno o solamente a deponer a Yrigoyen dejando a Martínez en su reemplazo. Los mensajes distribuidos por los aviadores decían lo primero, pero las impresiones que llegaban de la Casa de Gobierno parecían señalar lo último. Lo cierto es que avanzaba sobre la Plaza de Mayo acompañado por el entusiasmo de la multitud, y ninguna fuerza legalista se decidía a detenerlo.

²⁷ *Ibidem*. Francisco Ratto, en su *Testimonio* de la *Revista de Historia*, núm. 3, dice que oyó decir a Yrigoyen, poco antes de su fallecimiento: «Yo no sé por qué Elpidio no cumplió las instrucciones impartidas respecto al Arsenal de Guerra.»

²⁸ Escrito mencionado, a la Corte.

²⁹ *Ibidem*.

El contralmirante Renard, plegado a Uriburu, consiguió convencer a los oficiales de la cañonera *Rosario* que apoyasen la revolución. Estaba anclada en Puerto Nuevo junto a los acorazados *Belgrano* y *Garibaldi*, y los oficiales de éstos creyeron, como los de la cañonera, que la presencia de Renard significaba que la revolución de Uriburu estaba triunfante. Lo invitaron a tomar el mando de la División. Su comandante, el capitán de navío Lestrade, había ido a la Casa de Gobierno para saber a qué atenerse; cuando le dijeron que su división estaba sublevada, volvió con rapidez y poco le costó retomar el mando. Dijo a los oficiales que no había seguridad de que Uriburu pudiera llegar sin inconvenientes a la Plaza de Mayo; Renard («sonriente» según los diarios) fue amablemente arrestado hasta que se aclarasen las cosas. Pero como pasaba el tiempo, Uriburu seguía su avance y la junta de represión nada hacía³⁰ y Martínez seguía en la Casa de Gobierno, Lestrade llamó a consejo de oficiales para resolver la situación. Por mayoría los oficiales se declararon en favor de Uriburu, cualquier cosa que hiciera con Martínez. Lestrade levantó el arresto de

Renard, y se puso a sus órdenes, reconociéndolo como jefe de la revolución en la Marina. Eran las dieciséis y cincuenta y cinco. Uriburu no había llegado aún a la Casa de Gobierno, y Martínez se mantenía impertérrito en ella.

³⁰ Lo que pasó en esas horas confusas, nunca fue explicado satisfactoriamente. El teniente coronel Bosch pidió a la junta de represión que le diera órdenes para atacar a Uriburu, pero ésta le hizo saber que debía esperar instrucciones; también esperaba instrucciones en Campo de Mayo el coronel Avelino Álvarez. ¿Se debió a que Martínez «no quería verter sangre», esperando en que Uriburu se limitase a derrocar a Yrigoyen? ¿O las instrucciones de Yrigoyen, traídas por Elpidio González, ministro de Guerra interino, de «sostenerse en el Arsenal» mientras el presidente titular buscaba refuerzos en La Plata? Se dieron las dos explicaciones.

Uriburu llega a la Casa de Gobierno

La columna revolucionaria sigue su marcha sin más impedimento que la cantidad de público que la acompaña y se engrosa cuadra a cuadra. A su frente, en un pequeño automóvil descubierto, Uriburu agradece las exclamaciones y flores que recibe. En otro, Justo con Sarobe saludan los ¡vivas! que reciben a su paso. Ha cambiado el rumbo al saber que los regimientos 1 y 2 están parapetados en el terraplén de la avenida Alvear (Libertador) junto al Hipódromo. Ahora toman por Córdoba. Las comisarías se pliegan (en una sola, de San Martín, un gallardo vigilante combatió por Yrigoyen).

Al llegar a Riobamba, a las dieciséis y quince, la marcha es lenta porque el público debe abrirles paso y todos quieren darle la mano al jefe de la revolución. En Córdoba y Riobamba ocurre un primer tiroteo: se oyen algunos disparos que se suponen del edificio de las Aguas Corrientes, sin que resulten bajas. Los oficiales ordenan a los cadetes que apronten sus armas, pero no hay necesidad; la descarga no se repite y la columna sigue su marcha. No se ha producido desorden en el público: todo lo contrario, algunos entusiastas quieren entrar al edificio, pero las puertas están firmemente cerradas y abandonan su intento, pues los agresores, si los ha habido, se han llamado a silencio. Al doblar en la plaza del Congreso, otro tiroteo de mayores proporciones: son disparos de armas automáticas que matan a dos cadetes, algunos civiles y provocan el desorden y la dispersión del público. Los oficiales del Colegio emplazan cañones y ametralladoras que acribillan una ventana del Congreso, el piso alto de la confitería del Molino y el edificio en construcción de la Caja Nacional de Ahorro Postal. Media hora de fuego (desde las diecisiete y treinta y cinco a las dieciocho y cinco).

¿Qué pasó? En los sumarios militares los oficiales dijeron que emplazaron sus armas contra los tres sitios indicados porque de allí provenían los disparos. Pero nada más... No se menciona haberse encontrado armas en ellos, ni que hubo prisioneros. Los diarios, con asentimiento del Gobierno, hablaron de confusión, entusiasmo y nerviosidad de la mucha gente que acompañaba a los cadetes. Tanto en el tiroteo grave de la plaza del Congreso como en el anterior de Córdoba y Riobamba, y otro que ha ocurrido a las diecisiete y veinte (es decir, con anterioridad) contra el público que vivaba la revolución en la avenida de Mayo, desde el diario *La Época* (donde las tropas no encontraron tampoco ni armas ni presuntos tiradores).

Personas bien informadas dijeron que, contra lo establecido en los sumarios, se encontraron armas y hubo prisioneros civiles, pero que Uriburu ordenó su libertad, y se «arreglaran» los sumarios para que ni siquiera se supiese sus nombres. A su criterio de soldado entendió (contra toda la prensa que los llamaba «asesinos») que su actitud de defender el orden legal, por desproporcionada que fuese, era justificada.

Dominado el desorden de la plaza del Congreso, la columna de Uriburu avanzó por tres calles: por la avenida de Mayo los cadetes, por Rivadavia y Victoria (Hipólito Yrigoyen) la Escuela de Comunicaciones y los escuadrones de caballería.

La mayor parte de los ministros —De la Campa el primero— habían abandonado la Casa de Gobierno. Sólo quedaba Ábalos, el teniente coronel Pomar, el capitán de fragata Enrique García y pocos más. Martínez quiere irse «a ponerse al frente de las tropas para resistir a la revolución», dice al presidente de la Unión Industrial, Luis Colombo, que ha entrado, como muchos curiosos, por las puertas abiertas y sin guardias ³¹. Evidentemente su puesto no está en la rendida y desguarnecida Casa de Gobierno, sino en el Arsenal con la junta de represión y rodeado de tropas leales. Pero el capitán García y el ministro Ábalos no lo dejan. Nada saben del Arsenal ni de la junta de represión, porque no les han informado de «la revolución de palacio», seguramente por su lealtad personal a Yrigoyen. Ellos sólo ven lo evidente: que la Plaza se ha llenado de «orejudos» que gritan contra Yrigoyen, y viven a un general regiminoso que se acerca al frente de tropas. El gobierno está perdido y debe caerse con dignidad radical. Para su concepto, la Casa es el Gobierno, y abandonarla equivale a huir. Martínez, completamente mareado, no encuentra palabras para replicarles.

³¹ Diez periodistas..., p. 364.

A las dieciocho y diez, adelantándose a la tropa, llega Uriburu con Justo, Kinkelin, Sánchez Sorondo y Beccar Varela. Se informan que Martínez está en la casa, pero no es fácil encontrarlo entre la multitud que la llena. A las dieciocho y veinticinco dan con el vicepresidente en el comedor de la presidencia, debatiendo con Ábalos y García para irse al Arsenal. Uriburu se adelanta y con tono enérgico le exige la renuncia: «¡Me han vendido, me han traicionado! ¡Puede fusilarme si quiere, pero no renuncio!». «¡No soy tan ingenuo, doctor Martínez, para hacer mártires!», y Uriburu ordena a Kinkelin que la aviación bombardee el Arsenal y el departamento de policía: «¡Usted, doctor Martínez, será el responsable de lo que ocurra y de la sangre que se derrame!»³².

Como el vicepresidente, presa de los nervios, insistía en que había sido traicionado, que lo fusilaran, que no iba a renunciar, Luis Colombo pidió hablarlo a solas. Lo llevó a un rincón, y en palabras que no se recogieron lo convence de que renuncie. Martínez se acerca a la mesa y con una lapicera fuente que le alcanza Colombo escribe nerviosamente una renuncia dirigida al Congreso. Alguien hace notar que la fecha es incorrecta, no es indeclinable, y no da al Congreso el tratamiento adecuado de «Vuestra Honorabilidad». Colombo recobra de las manos de Martínez la lapicera y redacta con sintaxis itálica: «Vengo en presentar la renuncia...». Como está bien fechada, es indeclinable y llama «Vuestra Honorabilidad» al Congreso, Martínez la firma y entrega a Uriburu³³.

Justo es comisionado para rendir el Arsenal. Pide al general Arroyo que lo acompañe, y a Martínez una nota al director «para evitar malos entendidos y posible derramamiento de sangre». «Si ya no soy presidente, qué le voy a entregar...». Martínez preguntó a Uriburu si estaba prisionero, respondiéndosele que quedaba en libertad y podía retirarse a su domicilio.

Rechazó una escolta ofrecida por Uriburu y no quiso subir al automóvil oficial que le había conducido esa mañana. Acompañado de Pomar y García salió a pie por la explanada que da a Rivadavia, sin que nadie lo reconociera, y a pie se alejó por Leandro Alem al norte. Eran las diecinueve; su presidencia había durado veinticinco horas.

³² Diez periodistas..., pp. 332 y ss., y diarios del día siguiente.

³³ *Ibíd.*

En el Arsenal

Justo, acompañado del general Arroyo, teniente coronel Sarobe y dos civiles (Manuel Orús y Alfredo Cernadas) fue, por orden de Uriburu, a gestionar la entrega del Arsenal, donde estaban el ministro de Guerra interino, González; inspector general, Toranzo; Marciles y Álvarez, comandantes de la I y II División; el general Mosconi, presidente de Y. P. F., y el coronel Adalid, director de Arsenales. «(En el Arsenal) estaban las armas y municiones del ejército, custodiadas por el regimiento número 4 de Infantería... —dice Sarobe—. Había que proceder sin dilaciones porque si el Arsenal y Campo de Mayo se daban la mano y procedían con diligencia podían poner en un aprieto a la revolución»³⁴.

Justo, al entrar, tuvo un incidente con Toranzo, quien llegó a desenfundar una pistola «sin que el hecho tuviera mayores ulteriores»³⁵.

Los militares gubernistas se negaron a creer en la renuncia de Martínez y destacaron a Mosconi para comprobarla, o saber si había sido arrancada por la fuerza, en cuyo caso decirle «que las fuerzas de Campo de Mayo, Liniers y del Arsenal, así como las demás divisiones del interior, se hallaban en sus puestos esperando sus órdenes».

Mosconi buscó a Martínez en su domicilio. Este le dijo «que su renuncia era espontánea y definitiva, sus deseos eran evitar que se derramara una sola gota de sangre y que nos pedía que se entregara el Arsenal y las tropas al nuevo Gobierno, solicitando a los generales que estábamos en el Arsenal que nos retiráramos tranquilamente a nuestros puestos porque todo se había terminado»³⁶. Manuel Orús, que, con Sarobe y Cernadas lo habían acompañado, dice «que al salir (Mosconi de hablar con Martínez) su aspecto había cambiado. Daba la sensación del que ha perdido la batalla»³⁷.

³⁴ Sarobe, *Memorias...*, p. 167.

³⁵ Relato de Manuel Orús (en Sarobe, p. 259). F. Luna dice que Toranzo le gritó «¡Traidor!» a Justo al tiempo de amenazarlo con su arma (ob. cit., p. 470).

³⁶ Severo Toranzo, reportaje en *La Razón*, 20-11-1932, extractado por Etchepareborda en *Revista de Historia...*, pp. 38/39.

³⁷ M. Orús, relato mencionado.

Media hora deliberaron los defensores del Arsenal la actitud a asumir cuando Mosconi les trajo las palabras de Martínez. A las veintiuna, Sarobe, encargado de llevar la respuesta a Uriburu (Justo y Arroyo se habían retirado), fue llamado al despacho del director por Elpidio González, para decirle que «en vista de la renuncia del señor presidente (por Martínez) y de la Ausencia de Gobierno he resuelto no presentar resistencia, y los señores generales y jefes que me acompañan esperan órdenes en sus puestos». Preguntó si se podía retirar a su domicilio, a lo que Sarobe no puso inconvenientes ³⁸.

La sorpresa de los comandantes del interior (Vernengo de la III región, Pertiné de la IV y Vaccarezza de la V) por la revolución, surge de las conferencias telegráficas sostenidas esa noche con Uriburu y el ministro de Guerra revolucionario, Francisco Medina. Vernengo pide a Uriburu que «le diga sus fines y propósitos» sin darle tratamiento de jefe de Estado; pero al amanecer acata el nuevo orden. Pertiné quiere «reflexionar y después le contestaré», aceptando al día siguiente el hecho consumado. Vaccarezza habla de su sorpresa «por el movimiento producido después de la renuncia del presidente de la Nación» (por la delegación del 5) y no acepta, «por mi concepto del deber profesional (...), la participación de otros poderes en el gobierno de la Nación». Uriburu debe decirle que «el presidente a estas horas está prófugo (son las 21), y el vicepresidente me entregó la renuncia en mis propias manos (...). En cuanto al concepto que usted tiene del deber profesional yo lo tengo lo mismo que usted, pero entiendo que en ciertas circunstancias hay deberes más altos que el deber profesional», dándole tiempo «para que reflexione y conteste». Como los oficiales de la V región, a quienes consulta, se manifiestan revolucionarios, Vaccarezza hace «indeclinable renuncia a su cargo, quedándose en el mando únicamente hasta que se disponga mi traslado» ³⁹.

En La Plata

Después de conseguida la renuncia de Martínez, Uriburu le pidió al coronel Valotta, director de la Escuela de Guerra y amigo personal de Yrigoyen, que consiguiese la renuncia del presidente titular. Los revolucionarios de 1930 daban importancia a las dimisiones escritas para exteriorizar el cese de poderes tomados por la fuerza, pues todavía no estaban familiarizados con las revoluciones y poderes de hecho.

³⁸ *Ibidem*. Francisco Ratto dice que «de sus explicaciones (de Yrigoyen a Ratto, poco antes de morir) resultaba que el día 6 de septiembre cuando el general Justo se presentó en el establecimiento requiriendo su entrega, el director general Adalid y el general Toranzo, que se encontraban allí, se opusieron, pero Elpidio, invocando su autoridad de ministro de Guerra, se impuso» (*Revista de Historia*, n.º 3, p. 111).

³⁹ Diez periodistas..., pp. 364/369.

Como instrumento legal la dimisión de Martínez era inoperante por deberse a un hecho revolucionario y no haber sido aceptada por el Congreso ante quien la elevaba. Todavía en 1943 los militares del 4 de junio exigirían la renuncia al depuesto presidente Castillo. El trámite se perdió más adelante: Perón se fue en 1955 sin renunciar, Frondizi se negó a hacerlo en 1962, a Illia se lo sacó sin miramientos en 1966 e Isabel Perón fue secuestrada atentamente en 1976. Sólo para los presidentes militares, dimitidos por sus pares, pueden tener valor las renuncias dirigidas a los compañeros de armas que le negaban apoyo: Rawson en 1943, Ramírez en 1944 (rehecha después, por conveniencias internacionales, en mera «delegación»), Onganía en 1970 y Levingston en 1971.

Valotta no lo encontró a Yrigoyen en su casa de la calle Brasil, completamente abandonada (que poco después sería invadida e incendiados sus muebles y papeles).

A las diecinueve treinta, lentamente, el automóvil presidencial de Yrigoyen había llegado a la residencia de los gobernadores en La Plata. El gobernador Nereo Crovetto lo recibió con todos los honores junto con los ministros Pagés y Del Carril. Sabían que Martínez había sido desalojado de la Casa de Gobierno por Uriburu, y que pendía sobre el Arsenal la amenaza de un bombardeo.

Yrigoyen debió descansar largo rato en un sofá porque su estado era deplorable. Crovetto ha conseguido comunicarse con Elpidio González, que por su intermedio explica a Yrigoyen que «habiendo llegado los generales Justo y Arroyo a nombre del general Uriburu haciéndole saber que el vicepresidente había entregado el Gobierno,! le

intimaba que él hiciera lo propio con el Arsenal porque de lo contrario procedería inmediatamente a bombardearlo; y que ante semejante amenaza de aspectos tan fatales, que veía inminente, pues los aviadores ya evolucionaban por encima, y sintiendo tan inmensa responsabilidad, había relucho entregarlo»⁴⁰. Para esa hora —veintiuna treinta— Crovetto, por orden de Yrigoyen que quería intentar la resistencia, le había comunicado telefónicamente con el jefe del 7, teniente coronel Irusta.

«—El presidente está aquí y requiere su presencia inmediata en la Casa de Gobierno.

»—Haga saber al *señor* Yrigoyen que no acepto otras órdenes que las que imparta el Gobierno provisional»⁴¹.

⁴⁰ Mencionado escrito de Yrigoyen a la Corte.

⁴¹ Diez periodistas..., p. 342.

«Ante tal caso, que cambiaba la faz de los elementos de resistencia», dice Yrigoyen, no tuvo otro arbitrio que entregarse⁴². El ministro Del Carril fue a pedirle al teniente coronel «garantías para su excelencia el señor presidente de la Nación»; «El *señor* Yrigoyen —contestó Irusta, que ya había comunicado la novedad a Buenos Aires y recibido instrucciones de cómo proceder— deberá permanecer aquí detenido hasta que me entregue la renuncia de su cargo, que deberé llevar al nuevo Gobierno de la República»⁴³.

Crovetto quiso hablar personalmente con Irusta por el alcance de la palabra «detenido» transmitida por Del Carril. El teniente coronel reiteró que eran sus órdenes: Yrigoyen debería ser traído al cuartel con su renuncia redactada, que firmaría en su presencia. Ordenó a un mayor que fuera a buscarlo a la Residencia del Gobierno.

En papel timbrado del gobernador, el secretario de la gobernación tomó a máquina el dictado de Yrigoyen:

«Al señor jefe de las fuerzas militares de La Plata. »Ante los sucesos ocurridos presento en absoluto la renuncia del cargo de presidente de la Nación Argentina».

A las veintidós treinta, apoyado en Scarlatto y en su sobrino Rodríguez Yrigoyen, fue conducido al cuartel. «Un grupo de soldados que allí se encontraba se cuadró militarmente. Yrigoyen contestó —como era su costumbre— llevándose la mano al sombrero, a manera de venia militar: «Buenas noches, hijitos»⁴⁴.

El teniente coronel no estaba. Como el presidente no podía tenerse de pie, «se derrumbó en un sillón, donde permaneció inmóvil, estático»⁴⁵, hasta que Irusta se hizo presente. Se incorporó con dificultad ayudado por Scarlatto y Rodríguez Yrigoyen extrajo de su bolsillo la dimisión, que firmó sobre la mesa del despacho. Después la leyó en voz alta. Dándose cuenta que había omitido el saludo de práctica, ceremonioso siempre, añadió de su letra entre el texto y su firma: «Dios guarde a usted.»

⁴² Escrito mencionado en nota 22.

⁴³ Diez periodistas..., pp. 342 y ss.

⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 350.

Tiene mucha fiebre y vuelve al sillón a esperar lo que resuelvan con él. Llegan noticias de que su casa y la de Scarlatto (situada en frente) han sido asaltadas y quemados los muebles y papeles. Pide a su amigo que se vuelva a Buenos Aires, donde lo requieren el cuidado de sus familiares e intereses. Queda solo, en el despacho del teniente coronel, que ha ido a llevar la renuncia a Buenos Aires.

A la madrugada vuelve Irusta con la orden de Uriburu de dejarlo en libertad. «Si me permite me quedo aquí. Estoy enfermo y no tengo dónde ir»⁴⁶.

⁴⁶ F. Luna, *ob. cit.*, p. 480.

Desmanes y ley marcial

La «ley marcial» es una disposición del derecho de gentes que pena con la muerte a quienes aprovechan el desorden de las guerras internacionales o civiles para causar robos y depredaciones.

Para evitarlos, Uriburu había ordenado la impresión de un bando que se hizo, naturalmente en la mayor reserva, en la imprenta de Rivadavia y Florida la noche del 5 al mismo tiempo que la proclama revolucionaria. Lo firmaba Uriburu titulándose «Comandante en Jefe del Ejército y Presidente del Gobierno Provisorio», y refrendaba el teniente coronel Emilio Kinkelin como «Secretario General». Fue fijado por jóvenes entusiastas apenas trascendió que se acercaban las tropas revolucionarias.

Decía así:

«Teniendo el movimiento militar que se ha constituido en gobierno provisorio de la Nación como misión primordial la conservación del orden en mira de asegurar las más absolutas garantías de la vida, la propiedad y seguridad de los habitantes de la Nación, previene al pueblo de lo siguiente:

»1.º Todo individuo que sea sorprendido en infraganti delito contra la seguridad y bienes de los habitantes, o que atente contra los servicios y seguridad pública, será pasado por las armas sin forma alguna de proceso.

»2.º Las fuerzas que tengan a su cargo el cumplimiento de este bando sólo podrán hacerlo efectivo bajo la orden y responsabilidad de un oficial del Ejército de mar y tierra de la Nación. Los suboficiales que sorprendan a cualquier individuo en las condiciones antedichas, deberán detenerlo y someterlo de inmediato a la disposición del primer oficial a su alcance para su ejecución.

»URIBURU, Teniente General Comandante en jefe del Ejército y Presidente del Gobierno Provisorio.

»EMILIO KINKELIN, Teniente Coronel y Secretario General.»

Pero no se lo empleó como una medida momentánea contra merodeadores ni para mantener el orden en esos momentos en que la policía se había retirado y la ciudad quedó desguarnecida a merced de la muchedumbre. El jefe de policía revolucionario, contralmirante Rosendo Hermelo, se hizo cargo del departamento a las diecinueve diez pero no había conseguido, por la confusión explicable, el personal para cuidar las calles céntricas y, por lo menos, el domicilio de Yrigoyen situado en un barrio alejado. Los cadetes y demás fuerzas militares, cumplido lo que entendieron su deber, se retiraron a sus cuarteles a las veintiuna, dejando la ciudad librada al entusiasmo —y fechorías— de la multitud. Fueron asaltados los diarios yrigoyenistas, comités partidarios y el domicilio de Yrigoyen: robadas sus pertenencias y papeles y quemados sus muebles.

Para estos asaltos no hubo ley marcial, y posiblemente no se le ocurrió a nadie que el objetivo del bando era precisamente evitarlos. Se atribuyó al entusiasmo y fueron pasados por alto. Se aplicaría, en cambio, a la letra contra un carterista (José Carlos Mondini, a. *Carlín*), sorprendido al robar en un tranvía que circulaba por Pueyrredón y Tucumán; otro delincuente (José Matiacho, a. *el Sapito*), buscado por la policía, fue reconocido por un empleado de investigaciones mientras presenciaba el desfile. Entregado a un oficial del ejército, se lo fusiló sin más trámite⁴⁷.

⁴⁷ Aunque debió ser una medida momentánea que no pudo llevarse más allá de la conmoción revolucionaria, la ley marcial quedó en vigencia hasta el 15 de junio de 1931. El 8 de septiembre, a causa de los confusos sucesos de ese día, se amplió la pena de muerte a la tenencia de armas automáticas de propiedad del Estado y su ostentación en la vía pública.

Se la usaría para fusilar anarquistas. Dos días después —el 8 de septiembre— se pasó por las armas en Rosario a un obrero anarquista, José Penina, al parecer por el solo hecho de confesar su ideología. En Avellaneda serían fusilados dos anarquistas, José Gatti y Gregorio Galeano, por orden del jefe de policía mayor José W. Rosasco (que días después sería muerto por desconocidos).

Nunca se dio el número de fusilados por órdenes directas. Para evitarlas, el ministerio de Guerra reglamentaria el 7 de noviembre la aplicación de la ley marcial. La harían exclusivamente los tribunales militares conforme al procedimiento de la justicia militar; pena de muerte para los delitos de homicidio o intimidación, de prisión para la retención de armas automáticas o su ostentación en la vía pública.

Conforme a ese procedimiento, Severino Di Giovanni y Paulino Scarfó, «anarquistas expropiadores» —que financiaban su ideología con asaltos—, fueron juzgados por tribunales militares y fusilados en la Penitenciaría vieja en febrero de 1931.

El precedente de aplicar la ley marcial (más allá de quienes aprovechan el estado de conmoción) quedó sentado desde entonces. En años posteriores se la invocaría para fusilar a militares y civiles vencidos en revoluciones.

¿Qué se hizo de Juvencio Aguilar? Su «gran entierro» con cientos de miles de concurrentes, discursos de Palacios y Sánchez Viamonte, quedó olvidado, como sus despojos mortales rodeados de coronas fúnebres y vacíos de concurrentes, en el salón de honor de la Facultad de Medicina. Ya no interesaba.

V

GOBIERNO DE URIBURU (1930-32)

1. Empieza el Gobierno Revolucionario
2. La Revolución y los políticos
3. El 5 de abril (diciembre de 1930)
4. Alvear (abril a junio)
5. Se afianza la candidatura de Justo (junio-agosto)
6. Elecciones generales

EL BIBLIOTE.COM